

Capítulo 1

El autobús del aeropuerto deja a Macarena en la puerta del alto y lujoso hotel, en el centro de Bruselas.

“¿Veinte, treinta pisos?” –se pregunta Macarena. Coge su bolsa de viaje y entra al inmenso vestíbulo. A la derecha está la recepción.

–¿La habitación de la Señora Higgins, por favor?

La recepcionista consulta la lista de nombres:

–Un momento –marca un número de teléfono y habla en inglés–. Señora Higgins, está aquí la señorita... ¿Su nombre, por favor, señorita?

–Macarena Alvargonzález.

–¿Como la canción? *Alló*... Se llama, se llama... Macarena, sí, como la canción¹. Macarena Algar..., Albar...

–Al-var-gon-zá-lez –silabea Macarena–. A, L, V, A, R, G... –deletrea después. Y por último, pone el DNI² sobre la mesa.

–De acuerdo; la señorita Alvargonzález sube enseguida, muchas gracias –cuelga el teléfono y le dice–. La señora Higgins la espera en la sala de reuniones número 13 del piso³ 18º.

–“Trece... Mala suerte”, piensa Macarena, que es muy supersticiosa. Da las gracias y entra en el ascensor.

En el piso 18º hay un largo e interminable pasillo y hay también muchísimas puertas cerradas. La puerta número 13 está al fondo, cerca de una ventana desde la que se ve todo Bruselas. Le parece una ciudad gris, de casas bajas y muy

tranquila. Muy diferente de su Valencia: ruido, edificios altos y mucha luz; mucha contaminación también, por el tráfico.

Llama a la puerta y un hombre de unos cuarenta años la recibe amablemente:

–Bienvenida, Macarena. Soy Jim Morris. Martha Higgins y yo estamos entrevistando a los candidatos. ¿Puede esperar un poco?

–Por supuesto, ningún problema.

–¿Qué tal el viaje? ¿Está cansada?

–En absoluto. Sólo dos horas de vuelo desde Barcelona, es un viaje muy corto.

–Las habitaciones de los candidatos están en el piso tercero, como las nuestras. ¿Prefiere descansar un poco antes de la entrevista?

–No, no es necesario, muchas gracias.

–Entonces, puede sentarse. Le presento a otros dos candidatos: Misuko Hatawaki, japonesa, y Luigi Colozzi, que es italiano. Esta es Macarena; es española.

–Encantada –dice Misuko.

–Encantado –repite Luigi.

–Hola, ¿qué tal? –saluda Macarena.

Y se sienta entre los dos. Nadie habla. Hay un silencio un poco penoso y Macarena los mira discretamente: Misuko es bajita y delgada, tiene el pelo muy negro y liso, los ojos oscuros, la boca grande y una pequeña nariz de niña. Lleva unos pantalones vaqueros y una blusa blanca. Luigi es bastante alto y pelirrojo. Lleva gafas, pantalones vaqueros como la chica y una cazadora de cuero marrón. Parece nervioso, porque se come las uñas.



Macarena se sienta entre los dos y pregunta en inglés:

–¿Estáis nerviosos?

La japonesa sonrío y no dice nada. El italiano agita la mano derecha en el aire con los cinco dedos juntos:

–Sólo un poquito...



Y se ríe. La puerta del fondo se abre y Misuko desaparece, siempre sonriente y sin decir una palabra.

–¿Somos muchos candidatos? –pregunta otra vez Macarena, que es muy curiosa.

–No sé... Creo que al principio algo así como 200, pero ahora sólo quedamos quince.

–Para dos únicos guías de turismo oceánico y ecológico en las islas de los Galápagos: un chico y una chica.

–Tú y yo, por ejemplo.

Y los dos se ríen.

—¿Estudias o trabajas? —pregunta Luigi.

—Bueno... Estoy terminando Biológicas y me queda sólo un año, ¿y tú?

—También soy biólogo, ya he terminado. Ahora estoy trabajando en un restaurante en Palermo, porque no hay trabajo para los biólogos.

—En España es lo mismo: estudias, estudias... Años enteros estudiando. Y al final, todos camareros.

—O taxistas.

—O señoras de la limpieza.

—O gasolineros.

Y se ríen otra vez.

—¿Dónde vives? —pregunta Luigi.

—En Valencia, a la orilla del Mediterráneo. Como tú, pero a la otra orilla.

—¿Es verdad que te llamas Macarena? —pregunta Luigi.

—Es verdad, como la canción de Los del Río.

—Qué cosas. En Italia es la canción de moda, todo el mundo la baila en todas las discotecas.

—En el mundo entero, chico. Un éxito total. Pero yo... Qué rollo llamarse Macarena. Estoy harta.

—Igual en las Galápagos no conocen la canción.

—Ojalá, Luigi.

La puerta se abre y sale Misuko sonriendo.

—¿Qué tal? —pregunta Macarena. Misuko sonrío un poco más y desaparece por el pasillo sin decir una palabra.

Luigi se levanta y Macarena le dice:

—¡Buena suerte!

—Hasta luego, Macarena. Nos vemos. Oye... Eres la primera valenciana que conozco. ¿Todas son tan impactantes como tú?

Macarena se ríe y no sabe qué contestar. Se queda sola: tiene miedo de la entrevista. El hotel parece desierto. Detrás de la puerta cerrada no se oye ningún ruido. ¿De qué pueden estar hablando? Piensa en sus padres, allá lejos en Valencia, preocupados por el posible viaje a unas islas lejanas; sus padres la ven todavía como una niña. Sin embargo, y aunque está bien con ellos, viviendo con ellos, tiene ganas enormes de viajar, de ser independiente, de ganar dinero, de conocer nuevos países y nueva gente. Su mundo valenciano es un poco estrecho: siempre los mismos compañeros de facultad, los mismos parientes, los mismos vecinos, las mismas conversaciones...

–“Hay otras cosas” –piensa Macarena–, “otras muchas cosas que hay que conocer: el mundo es inmenso y la vida es corta”.

La puerta se abre de nuevo y sale Luigi. Al pasar junto a ella levanta la mano derecha con el dedo pulgar en alto y los otros dedos doblados, como los norteamericanos. Después, con una sonrisa, cruza los dedos medio e índice de ambas manos. Macarena piensa: “los italianos son los seres más gesticulantes del mundo” y entra en la salita. Antes de desaparecer, el chico le grita:

–¡Nos vemos!

–Le presento a la señora Higgins, Macarena.

–Encantada, señora Higgins.

–Siéntese, por favor.

Es una mujer de unos cuarenta años, alta, un poco gruesa, de cara inteligente y ojos claros, pero de mirada un poco dura. Tiene el pelo rubio, muy corto. Lleva una falda negra y una chaqueta roja muy clásicas.



—¿Por qué quiere ir a las Galápagos? —le pregunta brusca-
mente.

—Bueno, no sé... La naturaleza es muy interesante allí y,
además, hay que protegerla... Hay una fauna única, en vías
de desaparición... Los que somos ecologistas debemos...

—Bien, bien, Macarena —interrumpe Jim Morris—. Háblenos
de sus deportes favoritos, de sus actividades preferidas.

—Pues... me gusta mucho nadar. En Valencia es fácil,
porque estamos al borde del mar y el clima es muy suave...
También estoy en un club de vela; hago submarinismo en
verano, me encanta el mar... Y, bueno, de vez en cuando
juego al tenis y voy siempre a la facultad en bicicleta.

—No está mal, no está mal... En su currículum dice que
habla inglés, francés, un poco de alemán y, claro está, espa-
ñol. ¿Cómo es eso?

–Bueno, mi madre es francesa y mi padre español, o sea, que en casa somos todos bilingües. He estudiado siempre en español y cuando terminé el bachillerato pasé un año en Irlanda, haciendo allí el COU⁴ en un colegio irlandés.

–¿Y el alemán?

–Tengo una vecina alemana, la señora Schneider. Es muy mayor y vive sola en Valencia, porque no tiene familia. Vive en el tercer piso y nosotros en el cuarto. A veces bajo a verla y hablo con ella, o le hago la compra cuando no puede salir... Habla muy mal español, a pesar de que lleva años viviendo en España y, como me habla casi siempre en alemán, por eso...

–Ajá. Bueno, la vamos a dejar sola dos horas. Tiene que escribir en inglés todo lo que sabe sobre las islas de los Galápagos; en francés nos explica cuál es la asignatura preferida de todas las que está estudiando y por qué; y en alemán, el deporte que prefiere y cuál es la razón. También puede escribir unas líneas en español sobre sus principios ecológicos, concretamente sobre el mar, la contaminación y el exterminio de los peces. Puede firmar después, poner su número de DNI, domicilio, teléfono y nacionalidad y marcharse un rato a descansar, si le apetece. Esta noche la esperamos a las ocho y media, hemos organizado una cena en el comedor del hotel con todos los candidatos.

–¿Y los resultados...?

–Los resultados, mañana.